

«Y despues de haber dado vuestra dimision ¿qué hareis? le preguntó con ansia Camus.—«Lo que juzgue oportuno», contestó el general con altivez: solo os declaro que no iré á hacerme envilecer y condenar en París por un tribunal revolucionario.—¿Es decir, que no reconoceis este tribunal? replicó Camus.—Le reconozco como un tribunal de sangre y de crimen, contestó Dumouriez, y en tanto que tenga una pulgada de hierro en la mano no me someteré á él.»

## XX.

Los demas comisionados, temiendo que la aspereza de las palabras entre Camus y Dumouriez tuviesen un violento desenlace, se interpusieron como afectuosos mediadores y suplicaron al general obedeciese por la forma á la orden que le llamaba á París, respondiéndole con sus cabezas de que la Convencion satisfecha le volveria á enviar á su ejército inmediatamente. Quinette se ofreció á acompañarle, á escudarle con su cuerpo y á acompañarle de nuevo á su cuartel general. Baneal le citó los brillantes ejemplos de obediencia á la patria de los grandes hombres de la antigüedad. «Los romanos, respondió Dumouriez, no mataron á Tarquino, no tenían ni clubs, ni jacobinos, ni un tribunal revolucionario; tigres que anhelan mi cabeza, y yo no quiero dársela. Y ya que me citáis los romanos, os digo que yo he representado muchas veces el papel de Decio, pero que nunca seré Curcio, y que no me precipitaré en el abismo.—¿Es decir que os negais á obedecer á la Convencion? preguntó cagóricamente Camus.—Os juro, dijo Dumouriez, que cuando mi patria tenga un gobierno y leyes, yo la daré cuenta de mis actos y los someteré á su juicio; hacerlo ahora seria una locura.»

Se retiraron los comisionados á otro aposento para deliberar: Dumouriez quedó un momento solo con Beurnonville; trató de seducir al ministro demostrándole el peligro que corria en París y ofreciéndole el mando de su vanguardia. «Bien sé, respondió heróicamente Beurnonville, que debo ser victima de mis enemigos, pero moriré en mi puesto. ¡Mi situacion es horrible! Veo que estais decidido, que vais á tomar un partido desesperado, y os pido por única gracia que me deis participar de la suerte, cualquiera que sea, que reservais á los diputados.—No lo dudeis, respondió Dumouriez, y creeré, obrando así, serviros y salvaros.»

Beurnonville y Dumouriez volvieron á entrar en la sala donde estaba reunido el estado mayor. El coronel de los húsares de Bercheny, Nordmann, cuyo regimiento estaba formado en batalla delante de la residencia del general, recibió la orden para tener treinta hombres elegidos de su regimiento á la puerta, y pronto á ejecutar lo que se les mandase. Estos húsares eran todos alemanes ó alsacios; la diferencia de idioma los garantizaba contra la elocuencia patriótica de los comisionados, pues solo conocian la voz de su coronel.

Despues de una hora de deliberacion secreta, en la que el inflexible Camus combatió con intrepidez la templanza de que aun querian usar sus colegas para evitar aquel disgusto á la patria, entraron los diputados. Brillaban en sus rostros la calma de la resolucion, la autoridad de la ley y la varonil tristeza de su mision; intimaron de nuevo al general que obedeciese al decreto, á lo que aquel se negó. «Pues bien, dijo Camus, os declaro suspenso de todas vuestras funciones; ya no sois general; prohibo que se os obedezca, mando que os arresten, y sello vuestros papeles.» El sordo murmullo del estado mayor y el movimiento de los oficiales que se acercaban con la mano en la espada para cubrir á su general, hicieron ver á los comisionados que su voz era desconoci-

da, y que tal vez corria peligro su vida; pero la habian consagrado á su deber. «Esto es demasiado», dijo Dumouriez; es preciso poner término á tanta audacia, y mandó en aleman á los húsares que entrasen. Arrestad esos cuatro hombres, dijo al oficial que los mandaba, que no se les haga daño; arrestad tambien al ministro de la Guerra, pero que se le dejen sus armas.—¡General Dumouriez, exclamó Camus, perdeis la república!» Los húsares se llevaron á los comisionados de la Convencion, y en los carruages que se habian preparado durante la conversacion, los condujeron á Tournay escollados por un escuadron del mismo cuerpo, y fueron entregados en rehenes al general austriaco Clairfayt.

## XXI.

Inmediatamente, despues de esta accion que rasgaba el último velo de sus maquinaciones, Dumouriez pidió nuevas conferencias á los generales enemigos para concertar su marcha con la suya. Al día siguiente montó á caballo y fué á su campamento; arengó á los soldados presentándoles el suceso de la vispera como un atentado de los jacobinos que intentaban quitar el general á su ejército y el padre á sus hijos. Las tropas respondieron á su general con aclamaciones, pues la humillacion de la ley civil ante el sable complace siempre al soldado. Dumouriez, para probar mejor su confianza en el cariño de sus tropas, durmió en el campamento; era su proyecto llevar las tropas á Orchies, desde donde hubiera podido amenazar á la vez á Lila, Douai y Bouchain; queria tambien asegurarse de Condé, prenda que habia prometido entregar á los austriacos, y salió de Saint-Amand el 4 de abril para llevar á efecto este primer acto de su traicion.

Cincuenta húsares debian formar su escolta, pero se

hicieron esperar. Montó á caballo acompañado solo del duque de Chartres, del coronel Thouvenot del ayudante general Montjoie, de sus ayudantes de campo y de ocho húsares de ordenanza, tomando con estos treinta caballos el camino de Condé. Habia dejado orden en el campamento de que su escolta siguiese aquel mismo camino, cuando estuviese pronta. De este modo marchaba perfectamente seguro, calculando en su imaginacion las probabilidades desesperadas de su empresa, cuando á media legua de Condé, un ayudante de campo del general Neuilly, que mandaba en aquella ciudad, vino á anunciarle de parte de su general la fermentacion de la guarnicion y la dificultad de contener las tropas: estas principiaban á conocer que se las habia vendido: estando indignadas con las sospechosas conferencias de sus generales y los enemigos, decian en alta voz que respondian á su patria de Condé, y que no dejarian entrar en la plaza ningun cuerpo nuevo que pudiese comprometer su defensa. Dumouriez, apeándose á la orilla del camino, reflexionó sobre la gravedad de un incidente que desconcertaba su proyecto: en el mismo momento pasaron delante de él tres batallones de voluntarios, que se dirigian á Condé por su propia voluntad y con su artilleria: el oficial que los mandaba fué despues el mariscal Davoust. Dumouriez, admirado con un paso que no habia mandado, hizo algunas preguntas con viveza á los oficiales y los mandó detenerse.

## XXII.

Los batallones hicieron alto; Dumouriez se separó unos cien pasos del camino é iba á entrar en una cabaña para escribir una orden, cuando los tumultuosos gritos que salian del seno de los batallones, y un movimiento

súbito y confuso de la columna que retrocedía, le advirtieron que ya era tiempo de pensar en su seguridad. Los voluntarios, inspirados repentinamente al ver á Dumouriez y la incoherencia de las órdenes y contra-órdenes, iban á confundir la traición, apoderándose de los traidores. Algunos, apuntando ya al general, le amenazaban con hacerle fuego sino los esperaba: Dumouriez monta precipitadamente á caballo, huye á galope atravesando los campos con su débil escolta, oyendo las imprecaciones y los tiros: un caual que rodeaba un terreno fangoso detiene su caballo, y una granizada de balas diezma el grupo que le rodea; dos húsares son heridos de muerte; dos criados que llevaban la cartera y la capa del general, caen á su lado; Thouvenot, á quien mataron el caballo, salta á la grupa del valiente Bautista: entonces el general abandona su caballo de batalla, que corre espantado hácia los batallones, y fué conducido en triunfo por ellos á Valenciennes: la mas jóven de las hijas de Ferring, queda también á pie: su hermana Felicidad se apea y da su caballo á Dumouriez: las dos jóvenes se lanzan de un salto al otro lado del canal, y montan en los caballos de reserva del duque de Chartres. Cantin, el secretario del general, cae al atravesar el foso, bajo el cuerpo de su caballo. Cinco hombres y ocho caballos muertos, uno prisionero, los equipages y los papeles secretos del general quedan en el canal. El resto de la comitiva huye á escape, atravesando los pantanos, separado de los campamentos de Brenille, á los que Dumouriez queria reunirse, y es perseguido hasta el Escalda por las balas de los voluntarios. Las dos jóvenes amazonas que conocian los pasos, condujeron al general hasta la barca, en que atravesó el rio con ellas y el duque de Chartres: los caballos fueron abandonados; el resto de la comitiva que no cupo en la barca, huyó por la orilla del Escalda y llegó al campamento de Maulde. Bautista difundió allí la noticia del asesinato de su general, cometido por los

voluntarios insurreccionados, y reanimó en favor de Dumouriez el antiguo cariño de sus tropas de línea.

A pesar de todo, el general despues de haber pasado el Escalda, emprendió la marcha á pie, estenuado de fatiga por los terrenos fangosos inmediatos al rio: llamó á la puerta de una pequeña casa de campo, donde le negaron la entrada al pronto; pero habiendo dicho sus compañeros quien era, le dieron hospitalidad y algun alimento aquellos mismos belgas, á quienes acababa de conquistar seis meses antes. Bautista al anocheecer se reunió con él, y le hizo saber la indignacion del campamento, sublevado de nuevo en su favor; por la noche llegó Mack, y dió al general fugitivo una escolta de cincuenta dragones imperiales, que le condujo á su campamento de Maulde. Eseeptuando algunos rostros recelosos y algunas miradas en que se advertia la lucha de la sospecha con la adhesion, todos los cuerpos recibieron á Dumouriez, como un gefe adorado aun. Habiendo vuelto á llamar á su inmediacion el regimiento de los húsares de Bercheny y algunos escuadrones adictos de coraceros y de dragones, se adelantó á la cabeza de aquella caballeria hasta Rumigies, á una legua de su campamento de Saint-Amand; creia haber vuelto á hacerse dueño de su ejército, y se obstinaba en llevar adelante el plan de sorpresa de Condé, que se habia frustrado la vispera.

Pero la artilleria del campamento de Saint-Amand, con la falsa noticia de la muerte de Dumouriez, ahogado en el Escalda, habia espulsado á sus generales, enganchado sus piezas y emprendido su marcha á Valenciennes. Divisiones enteras, deponiendo ó llevándose á sus oficiales, abandonaron aquel campamento, en que la perfidia de su general en gefe les habia servido de instrumento á tramas desconocidas.

Al saber estas noticias, que llegaban unas tras otras á Rumigies, Dumouriez dejó caer la pluma con que escribia las órdenes á su desvanecido ejército; conoció la de-

bilidad de un hombre contra su patria y la de una intriga contra una revolución; montó á caballo con los dos hermanos Thouvenot, el duque de Chartres, el coronel Montjoie, el teniente coronel Barrois. Mr. de Fernig y sus dos hijas, y se fué sin escolta á Tournay, donde le acogió el general Clairfayt, no como un general enemigo, sino como un aliado desgraciado. El cariño que Dumouriez había sabido inspirar á sus soldados era tal, que los ochocientos hombres del regimiento de Bercheny y los húsares de Sajonia se reunieron espontáneamente con él en Tournay. Estos soldados prefirieron la vergüenza del nombre de tráfugas al dolor de separarse de su general.

Un resto del ejército francés dividido en pequeñas partidas y apenas reunido en las plazas fuertes, permaneció espuesto á los premeditados golpes de Clairfayt. La sangre de los soldados fué entregada por el general, pero los tráfugas no llevaron al enemigo el tesoro del ejército: Dumouriez exhausto de recursos se confió á la casualidad y al reconocimiento de los soberanos coligados; cuando llegó á Tournay solo tenía algunas monedas de oro en su bolsillo, hallándose en el mismo caso todos sus compañeros de fuga. El duque de Chartres, Thouvenot, Nordmann, Montjoie, el fiel Bautista y hasta las dos intrépidas heroínas Fernig, comprometidas sin crimen en una deserción que para ellas se parecía á la fidelidad, escotaron sin saberlo Dumouriez, y fueron los primeros que le ofrecieron el amargo pan del destierro.

## XXIII.

Tal fué el desenlace de este drama político y militar, que había elevado en sus años á Dumouriez, á la altura de los mas grandes hombres para hacerle descender de

repente hasta el nivel del mas miserable aventurero. La elevación de sus sentimientos, no correspondía á la grandeza de su valor ni á la estension de su talento: educado en medio de las lijerezas de las cortes, y demasiado acostumbrado por su vida de diplomático, á ver el reverso de las cosas políticas y á atribuir los grandes resultados á pequeñas causas, no tuvo ni bastante madurez para comprender la república, ni la magnanimidad de servir la arriesgando su cabeza. Representó el papel de grande hombre y solo lo fué á medias, su sangre derramada por la libertad sobre un campo de batalla ó sobre un cadalso por la ingratitud de la república, hubiera clamado en la posteridad por una eterna venganza, y consagrado por todos los siglos una de las mas bellas memorias de la revolución. Su vida salvada por una defección, y su traición descubierta, esparcen la sombra del resentimiento sobre el brillo de sus campañas y batallas. Su nombre no es, por decirlo así, mas que una luminosa aparición en la historia y un deslumbramiento de la patria. Hombre dotado de tacto político, de brazo de héroe y de corazón de intrigante, es sensible no poder admirarle enteramente; pero la tristeza se mezcla con el entusiasmo en la impresión que causa su nombre; evitase pronunciarle entre los nombres gloriosos de la patria, porque no hay afrenta mayor para el espíritu humano, que el espectáculo de los grandes destinos entregados á almas pequeñas, y de las grandes cualidades que no se respetan. La obra de los pueblos exige hombres graves como el pensamiento que los agita. El crimen en las revoluciones ofende menos el ánimo que la superficialidad; cuanto mas culpable y odioso el crimen es, sin embargo, un contrasentido menor en las catástrofes humanas.

Desde aquel día Dumouriez maldecido en su país, tolerado en el extranjero, anduvo errante de reino en reino, sin hallar una patria; objeto de una desdenosa curiosidad, casi indigente sin compatriotas y sin familia, pensionado por la Inglaterra, causaba lástima á todos los partidos. El cielo, como para castigarle mas, le destinaba una larga vida, y le habia dejado todo su genio para que le atormentase en la inaccion. No dejó de escribir memorias y planes militares para todas las guerras que la Europa hizo á la Francia por espacio de treinta años; ofreció su espada, rehusada siempre á todas las causas. Ya viejo é inoportuno, fijando su residencia ora en Alemania, ora en Inglaterra, no se atrevió á abandonar su destierro ni aun cuando la Francia se abrió á los proscriplos de todos los partidos, pues temió que el mismo suelo le echase en cara su traicion. Murió en Londres; su patria dejó sus cenizas en tierra estrangera, y ni siquiera levantó su tumba vacía en el campo de batalla donde habia salvado á su país.



## LIBRO TREINTA Y OCHO.

Sucesos en lo interior. — Marat. — Organización de los comités. — Instituciones populares. — Sediciones. — Asignados. — Consideraciones. — El maximum. — Decreto de acusacion contra Marat. — Lyon. — La Vendée. — El ejército. — Danton en la frontera. — Robespierre. — Los girondinos. — Comité insurreccional. — Muerte de la muger de Danton. — Los veinte y dos diputados girondinos. — Complot entre ellos. — Danton. — Discurso. — El tribunal revolucionario. — Vergniaud. — Discurso. — Los girondinos rechazan las proposiciones de Danton. — Comité de salvacion pública. — Madama Roland.

## I.

Reanudemos el hilo de los acontecimientos del interior, que hemos suspendido para no hacer difuso este relato.

La concesion que hicieron los girondinos de la cabeza del rey no habia ahogado los gérmenes de disension en el gobierno: los partidos se confundieron un momento, pero no estaban unidos. La debilidad no desarma, anima á nuevas exigencias. Los girondinos, entregando la vida del rey, se habian despojado de la única fuerza de opinion que podia luchar por ellos en la nacion y fuera de ella. Una vez revelado el secreto de su debilidad, se sa-